

**El rock de Carlos Pacheco**, texto de **Juan Carlos Fernández Serrato** y viñetas extraídas de una historieta de **Carlos Pacheco**, publicada en el primer número de *Tubeescape*.

Si yo fuera músico esto no sería un texto vagamente ensayístico, a medias memorialístico y a medias vindicación de una sensibilidad disidente, sino una canción de *rock'n'roll*. La titularía «El *rock* de Carlos Pacheco», así, porque ya no se lleva titular de esa manera las canciones y me gusta, especialmente, llevar la contraria. En la época a la que me voy a remontar, me habría partido de risa con una canción que llevara ese título, pero yo ya no soy aquel y mi *punkitud* estética ha aprendido a esconderse en la militancia de la edad adulta, demasiado adulta; volver al origen es un sano ejercicio de arqueología del ser: y en el principio era el pop.

Los tebeos formaban parte de aquello, como uno de los discursos incardinados dentro de un fenómeno más amplio, el de la cultura pop, absolutamente fascinante. En los años sesenta del pasado siglo hubo un auténtico renacimiento del género historietístico, ligado, precisamente, a todo lo que rodeaba lo pop, y he de avisar ya de que el *rock* y sus derivados han sido siempre para mí asuntos pop, cuestión de géneros comerciales, más o menos artificiales, aparte. Carlos Pacheco no era ajeno a esa confluencia y, más allá de su dedicación profesional y artística, solía enfocarse con la misma pasión de fan tanto en el cómic como en el *rock*, ya se sabe aquello de que antes de crear hay que disfrutar de lo que antes crearon otros. Para su generación, que es también la mía, no había duda de que tebeos y discos rock eran dieta obligada para el crecimiento intelectual, en paralelo a leer a Marx, a Foucault, a Samuel Beckett o a Cortázar; no menos, sino «lo mismo», aunque más excitante. Cambien los santones de la filosofía y la literatura a su gusto y la ecuación sigue inalterable. Al contrario que para mí, para Carlos Pacheco lo que se venía rotulando como música pop era un fenómeno esencialmente mercantil, mientras que el *rock* significaba música auténticamente rebelde. Que así

quede dicho, porque para Carlos era un asunto de identidad y con esas cosas no se juega.

Conocí a Carlos hacia 1983, en torno al surgimiento en La Línea de la revista de cómic *Tubeescape*. Recuerdo que por aquel entonces solíamos discutir —amistosamente— sobre dos asuntos, que en la época iban más allá de una mera cuestión de gusto. Uno giraba en torno a la supuesta superioridad de los cómics Marvel sobre los cómics *underground* o viceversa; la otra también tenía que ver con medidas de excelencia: Neil Young o David Bowie. Carlos estaba con Marvel y Young, yo con *El Víbora*, *Cairo* y Bowie. Ni que decir tiene que andando los años esos debates dejaron de tener sentido: todos estábamos con (léamos, miráramos y admiráramos) lo que Carlos Pacheco escribía y dibujaba; frecuentábamos tanto cómics *underground* como tebeos de superhéroes y escuchábamos a Neil Young o a David Bowie, según el día. Carlos seguía con su apego al *rock* norteamericano, especialmente en la vertiente más *folk rock*, la que ahora se llama «americana», y Young siguió a lo largo de los años siendo una pasión nunca cancelada para él. Poco antes de su fallecimiento, andaba explorando la serie de grabaciones que se han venido publicando como *Neil Young Archives*, rarezas, versiones en directo y todo lo que un auténtico fan puede desear. Exploraba aquellos archivos con la misma curiosidad con la que un filólogo estudia las variantes textuales para determinar el texto más fiable y trazar los rumbos de la recepción de una obra. Sus opiniones sobre *rock* eran contundentes, casi viscerales, como, por ejemplo, cuando escribió en un *post* colgado en sus redes que a quien no le gustara el sonido de la Dave Mathews Band con la colaboración del guitarrista Warren Haynes en la versión de «Cortez the Killer» (de Neil Young, claro) que interpretó la banda durante su gira de 2011, simplemente porque la versión tiene más de

# TRILLIZOS

un lustro y la canción original es mucho más antigua, es que simplemente «no se había enterado de nada». Así, sin miramientos, para qué andarse con ambigüedades con quien no quiere saber.

Tenía sus razones, por supuesto: sus juicios musicales, como los que hacía sobre el arte de la historieta, nunca fueron meras opiniones dichas de pasada, más o menos discutibles, sino el fruto de un profundo conocimiento al que había dedicado años o quizá toda su vida. Tampoco su visión del rock era la de un nostálgico, porque para él el rock nunca fue una moda, sino una manera de hacer música que no tenía fecha de caducidad, una forma de ver y contar la vida, que era también la suya por otros medios expresivos. Algo que, sí, surgió a mediados de la década de 1960, del cruce entre el ya agotado *rockabilly*, el *beat* inglés, el *blues* eléctrico, la psicodelia y el *country* herético, pero que no era en modo alguno una sensibilidad de temporada, sino una manera de ser y hacer que nutrió, y sigue nutriendo, una de las líneas más productivas de la acción cultural de nuestro tiempo. Lo mismo que se identificaba con sus maestros Howard Chaykin, Jim Starlin o John Byrne en la sensibilidad con la que se acercaban al dibujo, en su manera de concebir el cómic y el mundo de los superhéroes, Neil Young nunca fue para él un abuelo del *rock*, sino un estricto contemporáneo suyo. El arte no entiende de edades ni de distancias geográficas o culturales; las afinidades electivas en lo estético tienen que ver con una misma manera de mirar la realidad, con una misma actitud de enfrentarla y con un mismo impulso creador, no con cuestiones estrictamente generacionales o con haber nacido aquí o allá. Gran parte del universo estético de







Carlos Pacheco tiene que ver con esa visión *rock*, porque él era *rock*.

En una entrevista que me concedió hace años (y que al final de la charla, larga y enjundiosa, nos pareció que podría merecer la pena alargar y convertirla en un libro de conversaciones sobre pop, que ya nunca será) comentaba que el *rock* fue una manera de reivindicarse, de construir una identidad al margen de lo que entonces, en los años setenta, se consideraba lo correcto, lo normal, «lo que debe ser». Cuando recordaba aquellos años de formación en San Roque, agradecía que lo que sonaba entonces en el *pub Picadilly* le hubiera enseñado a oír aquella música que nada tenía que ver con el flamenco, del que nunca renegó, por supuesto, pero que era lo que tocaba habiendo nacido en Andalucía y en un pueblo con tanta tradición flamenca como el suyo. El *rock* setentero que pinchaban en el *Picadilly* significaba para él una apertura fascinante a una manera de entender la vida que no tenía nombre antes, pero que era la que le definía, la que le ofrecía la posibilidad de reinventarse desde una identidad no convencional: «al final de la calle había un *pub* —me comentaba—, el *Picadilly*, que fue el primero que se abrió aquí. Y tu padre: ¡que no te vea yo entrar ahí!, ¡como yo me entere de que tú entras!... Y allí escuchabas, pues, desde King Crimson hasta Pink Floyd, que por mucho que hoy se consideren parte del *mainstream*, en aquella época eran lo más parecido a algo significativamente revolucionario que pudieras encontrarte

aquí. Todo eso se acabó mezclando y conformando tu identidad; evidentemente, para mí la cultura pop es vital».

Se trataba de mucho más que música, era una forma de negación del sistema, un acto de rebeldía que volvía del revés la camiseta que te había colocado el entorno en el que naciste. Si se me permite la licencia (porque nunca hablamos de esto de manera explícita y no sé si resbalo en la comparación), muchos de nuestra generación llegamos al anti-franquismo por el *rock*; a la izquierda política, los que nos incorporamos, llegamos después, porque respirar *rock* era respirar libertad, rebelión contra las momias de la «cañitocracia». El ruido era revolucionario y el *rock* era un ruido maravillosamente capaz de expresar la rabia lírica de las almas en pena adolescentes que escuchaban a Paco Ibáñez (porque no había más remedio), pero echando de menos el peligro verdadero, el de «Sex Machine», de James Brown, el de «Cortez the Killer», el de «Ziggy Stardust», el de «In the Court of the Crimson King» o el sonido del dinero en la máquina tragaperras de «Money».

Me parece, en cambio, que no patino demasiado si afirmo que el caldo nutriente de Carlos Pacheco fue la contracultura norteamericana. Solía comentar que él había llegado tarde al mundo Marvel, que se identificaba con los autores que habían conectado el mundo superheroico con el *underground* a finales de la década de 1960. Su relación con la historieta formaba parte, en gran medida,



de esa nueva identidad no convencional que encontraba en el rock, en las teleseries yanquis que pasaban en la televisión tardofranquista, *Manix* o *The Monkees*, que, aunque pudieran estar ligadas a una comercialidad *maistream*, él, como muchos de nuestra generación, relacionaba con una lógica cultural decididamente contraria al sistema dominante, al menos en nuestro país.

Desde luego, Carlos Pacheco amaba la historieta por lo que en esencia era, un discurso de creación artística completamente autónomo de la narrativa literaria o cinematográfica y de la plástica pictórica, aunque se relacionara con las tres; una forma de expresión estética que para él condensaba las posibilidades de comunicación que le permitían contar historias emocionantes, a la vez que proyectar su mundo interior y sus reflexiones acerca del sentido de estar aquí y ahora de una forma propia y diferente, independiente de las normas establecidas acerca de lo que supuestamente debería ser. Ni mejor ni peor que otras, sino aquella en la que él se expresaba de manera natural, si a la comunicación cultural puede aplicársele ese adjetivo.

Su opción por el universo Marvel no excluía una pasión igualmente precoz por los tebeos europeos y españoles, en general, y por la obra de otro Carlos, Carlos Giménez, en particular. Recordaba vívidamente la impresión que le causó la lectura de la adaptación historietística de «El miserere», la leyenda de Béquer, que Giménez publicó en la revista *Trinca*, en 1971: una planificación narrativa

y una invención plástica que era capaz de trasportar el horror del relato a una dimensión que aquel adolescente alucinado por las viñetas que leía en la biblioteca pública nunca había conocido antes. Como tampoco excluía su disfrute de la literatura: por ahí (por las redes, quiero decir, ese nuevo «ahí» virtual) quedan muchas reflexiones, en cierto modo aforísticas, que firmaba como Samuel Beckett Jr. y que merecerían ser recopiladas y editadas. Pero el mundo Marvel era, como el *rock*, una forma de disidencia de la norma, al menos así lo entendía Carlos Pacheco.

«Para mí —me decía en aquella entrevista—, de hecho, el cómic de superhéroes siempre ha sido *rock'n'roll* y hoy es pop: sin quitarle mérito al pop, es el mismo concepto, es pop, es una industria. Eso lo explicaba muy bien Frank Zappa cuando hablaba del cambio en la industria del *rock'n'roll* en los 70 y él decía que en los 60 la gente que dirigía la industria era gente que no tenía ni puta idea. Cuando tú llegabas a una compañía con una maqueta y el tipo que llevaba la compañía no tenía ni idea de nada: “Sí, sí, tú publícalo a ver qué pasa; que funciona, bien; que no funciona...” Encontraba, Carlos, un paralelismo con lo que sucedió en el mundo del cómic de superhéroes con la llegada de directores de colección supuestamente expertos en el gusto del público y la industrialización de las músicas pop en la década de los setenta: *marketing* y creatividad bajo control, producción de *hits* en serie y a quitar cafeína del producto. Antes de eso, el «a ver qué pasa» era toda una aventura, la que él quiso vivir y, de hecho, vivió. Como pasó también en el *rock*, los iluminados del gusto popular no consiguieron impedir que talentos disidentes, como el suyo, insistieran luchando a contracorriente y logrando al fin imponer sus ideas sobre los dictados del mercado... o de lo que los que fabrican el mercado, sacerdotes tocados por la divina gracia del dinero, dicen que el dios mercado ha dictado.

Para Carlos Pacheco, el *rock'n'roll*, insistamos en ello una vez más porque es importante recordarlo, no era solo un estilo de la música pop, sino una manera de interpretar la realidad y actuar en consecuencia: «no sé hasta dónde llevará eso, pero yo no puedo entender mi vida sin el *rock*». De hecho,





lo que más le gustaba del oficio de dibujante de cómics, tal como lo había desempeñado en el mercado norteamericano, era el trabajo en equipo: «A mí lo que me interesa en el mundo del cómic es producir “un sonido” con el que me sienta a gusto, pero no que lo produzca yo, sino que lo produzca la banda». Para Carlos el trabajo en la industria del cómic no significaba un trabajo en cadena, sino algo más parecido a lo que hace sobre el escenario una banda de *rock'n'roll*: «el cantante y el guitarrista somos el guionista y el dibujante, nosotros somos la gente que vende los tiques del concierto, pero tenemos más gente detrás (a estos los conocen los que están un poquito más iniciados, pero el público más o menos de tralla no se va a fijar demasiado en ellos), que son el bajista y el batería y que en el mundo del cómic serían el entintador y el colorista, pero todos juntos lo que hacemos es construir un “sonido”. Nosotros lo que hacemos es un producto “que suena” y el sonido es la suma del trabajo de cada uno».

Carlos tuvo que colaborar con gente a la que no admiraba, aunque respetaba, como si fueran, en paralelo musical, «músicos de sesión», competentes y, sin embargo, sujetos a la voluntad artística del solista o a los intereses comerciales de la compañía productora. Pero también pudo permitirse el lujo de elegir la gente con la que quería trabajar, formar su propia banda, basada en una sensibilidad compartida y en unos gustos similares, que les permitían conectar y crear algo que no era de nadie en particular, sino que surgía del diálogo creador de todos los miembros de la banda: «la gente con la que yo me siento a gusto es la gente con la que comparto todo ese mundo sensible y ahí,

cuando estoy con ellos, es cuando me encuentro bien. Eso es lo que yo extraería de las lecciones del *rock'n'roll* aplicadas a mi visión de la historietita». Y vaya que sí: «Yo no podría jamás cantar con Montserrat Caballé, yo nunca podría hacer un Freddie Mercury, a mí eso me parece un constructo abominable, no tiene sentido, ¿comprendes?, para mí eso no tiene sentido. Yo necesito mi *jam session* con mis amigotes, mi *Shuffleton's Barber Shop*, el cuadro de Norman Rockwell de los vejetes en la barbería, y si hay alguien que lo compre, bien. No, no vamos a intentar construir algo así, grandilocuente y que “lo pete”, lo que queremos hacer es un sonido para nosotros». Eso es la esencia *rock'n'roll*, eso era también Carlos Pacheco. Toda personalidad tiene múltiples facetas, ángulos complementarios y contradictorios. La mía también, claro. Por ejemplo, ahora no soporto la música que hizo Pink Floyd después de *Animals*, pero antes compusieron una canción dedicada a Syd Barrett, guitarrista de la primera formación de la banda, que acabó por dar título al LP que publicaron en 1975; Barrett andaba por entonces perdido en los universos paralelos de la mente y el título de la canción era *Wish You Were Here*: no sé yo si Carlos Pacheco anda en algún universo paralelo, pero el caso es que hoy no encuentro mejores palabras para acabar este recuerdo, escrito no desde la pedantería (no me he entretenido en buscar referencias musicales en sus viñetas, que las hay), sino desde la más profunda admiración por el hombre y el artista. O, en otras palabras, no soy un experto en la obra historietística de Carlos Pacheco, pero, señoras y señores, ¡cómo la he disfrutado!... Y él, estoy seguro de ello, mucho más que yo.

